

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y hendió el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3.)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

## ÁPARTATE DE LO MALO Y HAZ LO BUENO.

Diverte á malo et  
fac bonum  
Psalm. 33.

Estaba el Bautista en Bethania á la otra parte del Jordan predicando y bautizando, y era tan grande la concurrencia de gentes que arrastraba en pos de sí la fogosa palabra y la extraordinaria santidad del famoso orador del desierto, que llegó á causar profundos recelos en el concilio de los judíos. Así es que reunido el Synedrío para deliberar sobre este gravísimo negocio, se nombró una comisión de sacerdotes y levitas que acercándose al Bautista le preguntaron: ¿Tú quién eres? Y confesó y no negó; y confesó: Que yo no soy el Cristo. ¿Pues qué cosa? ¿Eres tú Elías? Y dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Y ellos le dijeron: ¿Pues quién eres, para que podamos dar respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Respondió el Bautista: Yo soy voz del que clama en el desierto: Ende-

rezad el camino del Señor como dijo Isaías profeta. De nuevo le preguntaron y le dijeron: ¿Pues porqué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió y dijo: Yo bautizo en agua: mas en medio de vosotros está á quien vosotros no conocéis. Este es el que viene en pos de mí, que ha sido engendrado antes de mí, del cual no soy digno de soltar la correa de su zapato.

Los diputados del Sanhedrin preguntaron al Bautista: ¿Tú quién eres? Y el Bautista confiesa con franqueza que es la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor. Confesó con sus palabras y acreditó con sus obras su elevado carácter de Precursor, sellando con su sangre la doctrina que predicaba y ciñendo sus sienes con la diadema inmortal que concede el Señor á los fieles, á los íntegros, á los limpios y á los que siguen sus huellas y van como Él mortificados.

¿Quién eres tú? Yo soy cristiano. Confíesalo y no lo niegues. Confiesa que llevas el sello de Cristo, y no te

avergüences jamás de ese gloriosísimo nombre. Pero ¿cómo acreditas que eres cristiano en espíritu y verdad, cristiano de inteligencia y de corazón? ¿Por dónde conoceremos al verdadero cristiano?

Veámoslo á la luz del Evangelio, y cuando hayamos terminado ese gravísimo negocio sabrá cada uno lo que en alto grado le interesa conocer, lo que debiera ocupar toda su atención y excitar toda su vigilancia, lo que ha de resolver el problema formidable de su eterno destino; sabrá cada uno si esas palabras están de acuerdo con su fe, si sus obras están en armonía con el Evangelio; sabrá cada uno si es ó nó verdadero cristiano.

Así como por el habla conocemos el país á que pertenecen los hombres, del mismo modo por el lenguaje se conoce quién es verdadero cristiano, por el habla se hace notar como hijo de Dios ó como esclavo del mundo, como discípulo de Cristo ó sectario de Satanás. Hay tres géneros de lenguaje, que en el sentido cristiano se hablan en todos los países, se hablaron en todos los tiempos y se hablarán hasta el fin de los siglos, á saber: el lenguaje divino, lenguaje mundano y lenguaje diabólico. El hombre no hubiera aprendido jamás el habla divina, el lenguaje del cielo si el mismo Dios no se hubiera dignado enviar á su Hijo, la eterna Palabra, que se hizo hombre y con-versó con los hombres.

Pero desde que Jesucristo bajó de los esplendores del cielo á la oscuridad de la tierra, desde que la Palabra de Dios se encarnó en la palabra del hombre, sabemos cómo ha

de sér nuestro lenguaje, qué uso debemos hacer de la palabra y cuán grandes son los bienes y males que necesariamente produce el buen ó mal uso de esa facultad augusta, dón sublime que debemos á Dios y que nos eleva sobre todos los seres creados.

El lenguaje cristiano expresa ideas cristianas, pensamientos celestiales, deseos, afectos y aspiraciones y celestiales. Conócese el verdadero cristiano por el profundo respeto con que habla de Dios, de la Iglesia, de los misterios, de las prácticas piadosas, de las cosas y personas de la Religión; conócese por el horror con que oye la blasfemia, la maldición, el juramento y la impiedad; conócese por la compasion y misericordia con que habla de los males y defectos del prógimo, por el cuidado y solicitud con que mira por la fama ajena y por la santa intolerancia con que repueba y condena toda conversacion, toda palabra, toda frase opuesta á la caridad, á la hermosa virtud de la caridad que no tolera, que no consiente, que no puede oír con indiferencia el lenguaje contrario á la gloria de Dios y á los derechos de nuestros hermanos. *¿Tu quis es? ¿Qué idioma hablas tú? ¿Cuál es tu lenguaje? Medítalo bien, y entre tanto vamos á pasar de las palabras á las obras de Jesucristo hoy, Jesucristo ayer, Jesucristo hasta el fin de los siglos, Jesucristo Hijo de Dios é hijo del hombre, Jesucristo que es la verdad, el camino y la vida, hé aquí nuestro guía, nuestro Doctor y nuestro modelo. No os llameis maestros, porque uno solo es el Maestro, el Verbo de Dios hecho hombre para*

enseñar á los hombres toda la verdad. *Omnem veritatem*. El es el maestro á quien hemos de escuchar, el Señor á quien hemos de obedecer, el Dios á quien hemos de amar y el modelo á quien hemos de imitar.

¿De quién tenemos el glorioso nombre de cristianos sino de Cristo? ¿Y qué significa ese nombre sino la obligación ineludible de copiar en el lienzo de nuestra vida las virtudes y ejemplos de nuestro divino ejemplar y eterno modelo? Oigamos al Maestro que tiene palabra de celestial sabiduría y pronuncia sentencias de vida eterna. Hablaba con sus Apóstoles y en ellos á todos los hombres. Ejemplo os he dado, les decía, para que obreis como yo, y hagais lo que yo acabo de hacer en vuestra presencia. Aprended de mí—decía en otra en otra ocasión; pero ¿qué habian de aprender? Por ventura ¿á crear nuevos mundos? ¿á gobernar los cielos y la tierra? ¿á dar vista á los ciegos, andar á los tullidos, salud á los enfermos y vida á los muertos? No; aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. El que cree en mí, decía, hará las obras que yo hago. No es Jesucristo como aquellos maestros humanos que dicen y no hacen. Su doctrina era el ornamento de su vida y su vida el sello de su doctrina. Tenemos á la vista el divino modelo; tomemos algunos rasgos y veamos si sus ejemplos y virtudes resplandecen en nuestra vida.

Poniendo los ojos en el Hijo de Dios, contemplando desde el fondo de nuestra miseria el cuadro sublime de sus perfecciones y virtudes, distinguo la obediencia y advierto que en la cabeza del libro de los libros

está escrito: He venido, Dios mío, para hacer tu voluntad y cumplir tu mandamiento. El jefe de la raza humana fué el primer rebelde, el primer desobediente, y por él entró en el mundo la desobediencia, madre de la muerte, de la corrupción, del envilecimiento, de los desastres y lágrimas que afligen á la humanidad á la otra parte del Calvario. Jesucristo venia á reparar las inmensas ruinas causadas por la rebelion y se presenta en el mundo enarbolando la bandera de la obediencia. Hizose obediente desde la cuna hasta el sepulcro, sufriendo la muerte, y muerte de cruz para curar nuestra soberbia y enseñarnos con su ejemplo el camino de la obediencia. Por lo cual dice San Bernardo: Por no perder la obediencia, perdió la vida.

Hé aquí la señal del cristiano: Ser obediente hasta la muerte, cumplir las leyes de Dios, obedecer los mandatos de la Iglesia y someter su voluntad á la divina voluntad, ajustando todas sus obras á las reglas eternas del Evangelio que es su código, guardando fidelidad inviolable á la Cruz que es su bandera, y luchando sin vacilacion y sin desfallecimiento por la dichosa conquista del cielo que es su patria.

Sois vosotros obedientes como el primer obediente, Jesucristo nuestro Señor, maestro y modelo de la nueva humanidad nacida de su corazón y regenerada con la sangre de sus venas? *Lu quis es?* ¿Pueden llamarse cristianos los que se rebelan á toda hora contra la voluntad de Dios y quebrantan sus santos mandamientos? ¿No está la sociedad conmovida y perturbada por las rebeldías y las

desobediencias? ¿No hay muchos cristianos que violan descaradamente las leyes de la Iglesia y hacen alarde de su diabólica soberbia? ¿*Tu quis es?* ¿Son estos discípulos de Cristo? Confíesleno y no lo nieguen; confiesen que no son cristianos, que no son discípulos de Cristo, que si no enderezan sus caminos, si no toman el camino de la penitencia, arriesgan su eterna salvación, pues marchan por descaminos que conducen á un término desventurado como está escrito: La muerte de los pecadores siempre fué desastrosa.

La vida del cristiano ha de ser una copia del divino original que dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Como un cordero bajo la mano la mano del esquilador, así Jesucristo en poder de sus enemigos, pues sufrió injurias, oprobios, calumnias, tormentos atroces y muerte cruel sin abrir su boca para quejarse. Y cuando estuvo pendiente de la Cruz levantó los ojos al cielo y rogó á su eterno Padre por sus mismos verdugos, diciendo: Perdónalos porque no saben lo que hacen.

Humildad, pureza, caridad, pobreza, misericordia, hé aquí las virtudes que se ofrecen á nuestra imitación en la vida de Jesucristo, virtudes que deben brillar en la vida de todo hombre que se llame cristiano y aspire á las dichas eternas prometidas al verdadero discípulo de Cristo.

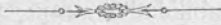
Ahora medítemos de corazón. S. Ambrosio, el dulcísimo S. Ambrosio afirma que cada uno es hijo de sus obras, y aquel será nuestro padre cuyas obras hacemos y cuyas huellas seguimos. Si hacemos las obras

de Cristo, gloriémonos del nombre de cristiano; pero si hacemos las obras del diablo. ¿cómo podemos ostentar el sello de Cristo? Vosotros, nos dirá el Salvador, tenéis al diablo por padre, pues que imitais sus obras y militais bajo su bandera. ¿Cómo osará llamarse abogado el que ignora la teoría del derecho y la aplicación de las leyes? ¿Cómo podrá llamarse militar inteligente y experimentado el que ignora hasta el modo de empuñar las armas? Así habla el águila de los Doctores. ¿Cómo pues, concluye S. Agustín, cómo podrá llamarse cristiano el que no lleva señal alguna del verdadero cristianismo?

El glorioso timbre que Cristo imprimió con su sangre en nuestra alma el día memorable de nuestro bautismo no es un mero adorno, nó es un título puramente honorífico; ese nombre de cristiano significa humildad, obediencia, castidad, penitencia, aspereza, fé, esperanza, caridad, virtudes características de los que han sido llamados á la dignidad de hijos de Dios y herederos de su reino. No es cristiano el que no hace las obras de Cristo. Haced ahora la aplicación. ¿*Tú quis es?* ¿Eres soberbio? ¿Eres deshonesto, sensual y voluptuoso? ¿Cómo vives tranquilo bajo las maldiciones que lanza sobre tu cabeza el Evangelio de Cristo? ¿Eres ambicioso, iracundo, avaro, amigo de placeres, enemigo de mortificaciones, esclavo del mundo y despreciador del servicio de Dios? ¿Cómo pues te llamas cristiano cuando llevas en tus obras la marca de Satanás?

Oye, pues, la voz que clama en el desierto de tu corazón: *Parate viam Domini*. Abre camino al Sal-

vador que viene, que anhela venir á las almas para llenarlas de los dones de su gracia y de su verdad. Conviene recibir al Hijo de Dios ahora que viene manso y humilde, para lograr su amistad y participar de las inmensas riquezas que trae del cielo para sus hermanos, los hombres que viven pobres y desamparados en la tierra. *Hoc fac et vives*. Si así lo hacemos, cuando venga como Juez inexorable á juzgar al mundo y á pedirnos minuciosa cuenta de nuestra vida, tendremos la dicha de recibir sentencia de absolución, y seremos eternos por toda la eternidad.



## UN MARINO CRISTIANO.

Nuestro capitán era un hombre de vigoroso aspecto, valiente y apacible. Mandaba sin proferir una blasfemia, y recibía los contratiempos sin dar señales de impaciencia. En su camarote había una imagen de la Santísima Virgen.

—Capitán ¿qué decís del tiempo?

—Es un tiempo perro, ¡y lo peor es que continuará! Vigilaremos, y acaso nos veamos obligados á detenernos en la travesía. Pero tranquilizaos; el buque es bueno, y su capitán tiene fortuna. Tengo cincuenta años de edad, y otros tantos hace que estoy en el mar, porque mi nacimiento fué en un barca.

He navegado toda mi vida, y ningún contratiempo particular me ha sucedido en el trayecto á Roma; y de los que me han ocurrido en los demás pasajes he podido librarme.

—Capitán, he visto en vuestro ca-

marote la imagen de cierta Señora... ¿Es la patrona del buque?

Me contestó sonriéndose:

—La Compañía de las Mensajerías Imperiales no tiene patrona. El vapor está bautizado con el nombre de *Licurgo*. ¿Conoceis este asunto?

En cuanto á la Señora de quien habláis, debo deciros que es mi propia patrona.

—¿Y hace mucho tiempo que lo es vuestra, mi capitán?

—Desde cierto día ya lejano, pero todavía reciente en mi memoria, en el que vimos de cerca el fondo del mar, yo y algunos otros que no mirábamos muy á menudo al cielo, es decir, al cielo en que existe Dios. Sin esperanza de tocar la tierra, nos encontramos de repente mas devotos de lo que pensábamos, é hicimos un voto á Nuestra Señora de la Guardia.

En seguida nos envió un remolque, y gracias á él entramos en el puerto como llevados por la mano. Cumplimos nuestro voto descalzos, y cantando las letanías; y la Virgen ha hecho por completo la obra. Algun tiempo despues me dió una esposa, y esta me ha dado una hija.

Una y otra rezan por mí ante Nuestra Señora de la Guardia mientras yo navego, y sus oraciones arden como dos cirios de la mas blanca y pura cera, pidiendo á la Virgen que muera en mi cama tranquilo y confesado.

Hacen valer que hemos estado demasiado tiempo separados en esta tierra para estarlo tambien en la eternidad, y creo firmemente que Dios les concederá lo que piden; por lo que esperó que mi hija me cierre los ojos y entierre mi cuerpo. Así, pues, en-

trad en vuestro camarote, y dormid tan tranquilo como yo.

Luis Veuillot.—*Perfumes de Roma.*

## EL FUEGO FÁTUO.

### LEYENDA.

Las sombras de la noche, como bandadas de negras aves, descendían de los nevados montes, cubrían los valles y se agrupaban en medio de los cañaverales y debajo de los copudos árboles que circundan la senda que conduce al bosque.

Por el áspero sendero sembrado de guijarros y de menuda arena, carretera de la aldea y medio de unión con los vecinos pueblos, camina Juan, el mozo mejor plantado del villorio y el más alegre calavera de la comarca.

Su bastón de viaje, que lleva en la diestra, y su pequeña alforja, que carga á la espalda, indican que su regreso no será tan pronto cual desearán sus ancianos padres.

¿A dónde va Juan, que así se aleja abandonando su hogar y sus queridos viejos, que vivían de su trabajo y que ahora, morirán tal vez de hambre y de pena?

Va en busca de la fortuna, de la soñada felicidad del oro.

Juan había sido bueno, cariñoso y trabajador.

Educado en las santas doctrinas del Crucificado, su niñez y parte de su juventud se deslizó en la mansa

corriente de esa misteriosa felicidad de la inocencia, que no se comprende sino cuando se pierde.

Pero un día, ¡día maldito! el demonio de la perversidad, en forma de amigo, tocó su corazón. Sus castos sentimientos y sus sanas creencias desaparecieron de su alma como desaparece y borra la niebla el rudo beso del viento.

¡Cómo maldecían sus padres el día en que por primera vez frecuentó la taberna!

¡Cómo recordaban llorando la amistad contraída en el taller con el obrero aquel, venido de lejanas tierras, el que si bien había traído acopio de habilidades, trajo también acopio de corrupción y de extrañas ideas!

El fué el primero que inició á Juan en proyectos subversivos á la paz de la familia; él fué el primero que le hizo amar la taberna, la francachela y el vicio. A sus enseñanzas debió sus hábitos de pereza, de desobediencia y de embriaguez. De su boca escuchó aquellas brillantes descripciones de las grandes ciudades, de los placeres sin fin, del oro ganado á montones, del oro, llave que abre todas las puertas y todos los corazones.

Y Juan cayó como cae el sencillo pajarillo en la boca de la serpiente que le embriaga con su mirada.

Lloran ahora sus padres su indignancia, lloran su abandono por el hijo ingrato que tanto han querido y quieren.

Por el áspero sendero que conduce al bosque va Juan, el soñador de la

aldea, en busca de la felicidad del oro.

Allá, mas allá de lo que su vista abarcar, se alza la gran ciudad de los placeres y del oro descrita por su amigo.

Juan quiere alcanzarla, que ha bebido á caudales, de boca de su pérfido compañero, el veneno de la pasión y tiene sed, mucha sed de oro, que es para él la suprema felicidad.

Su paso es firme y seguro: su vista fija en el punto que se le ha indicado como final de su jornada.

¿Acaso piensa en sus padres? ¡Oh, no! el recuerdo de aquellos buenos viejos se borró de su memoria, al traspasar el umbral de su casita blanca.

Piensa en el mañana lleno de augurios felices, de risueñas promesas, y su imaginación se exalta, y forja proyectos varios y levanta palacios de ilusiones que ¡y! se derribarán al primer soplo de la realidad.

—

Las sombras de la noche, como bandadas de negros cuervos que caen sobre un cadaver, se han extendido sobre la tierra.

El viajero de la aldea sigue su marcha tranquilo, y se aproxima ya á los pantanos del bosque.

No se ha apercibido que ha rato el sol traspasó los dentados montes de Occidente, coronándolos con nubes de arrebol.

No ha dotado que ante su vista el horizonte se ha ennegrecido, cual si una mano gigantesca se interpusiera entre él y el foco de la luz.

De improvisó, cual á la voz de un conjuro, lució delante de sus ojos,

arrastrándose por uno de los lados del sendero, una llama pálida y fosforescente.

Se elevó de un salto á la altura de su cabeza y volvió á descender culebreando por el suelo.

Juan dió un paso hácia á ella y la llama levantándose de nuevo, giró á su alrededor, luego bailó por encima de las cañas que cubrían el piso cenagoso de los pantanos y se detuvo á una distancia.

Juan, indiferente hasta entonces al cambio de ropaje de la naturaleza, abrió desmesuradamente sus ojos ante el fenómeno que á su vista se operaba.

Aquella llama que vívida y aligera corria, tomó ante su calenturienta imaginación las formas de una mujer impalpable pero visible.

Cubierta con un manto de misteriosa y tenue claridad suficiente á contraer la pupila humana que no alcanzaba á divisar sus formas, semejaba esos ángeles que el adolescente vé en sueños y que, por lo mismo que ignora su esencia, no recuerda al despertar sino su rostro bello y su sonreír seductor.

Eran sus ojos de indefinible color, pero ardientes y voluptuosos al mirar. Su cabellera, rubia como las barbas de chsoco, parecia inflamada y á impulso del viento se agitaba en contorsiones violentas formando la pálida llama que en el primer momento observó el viajero.

Juan, en tanto, fué presa de inexplicable sensación. Sus sentimientos dormidos hasta entonces, despertaron á la vista de la belleza del bosque, cuya leyenda habia escuchado en sus primeros años de boca de sus padres.

Hacia tiempo que en la aldea no se hablaba de ella. Muchos la creían oculta en lo mas espeso de las cañas, en el centro mismo de los pantanos.

Otros suponen que era preocupacion de los ancianos habitantes.

Pero Juan al verla, creyó todo, la reconoció por mas que nunca la habia visto.

Y aquella hada lo tentaba girando á su alrededor, lo llamaba á su oculta mansion de placeres y de felicidad.

Esclavo ya, el alucinado jóven, abandonó en la mitad del camino sus enseres de viaje, y penetró resuelto en el cañaval tras la hada misteriosa que le incitaba á avanzar.

No notaba que la humedad del suelo mojaba sus pies y que las cañas y gigantescas espadañas lastimaban sus manos y su rostro.

Con la mirada fija en la vision que á veces creia alcanzar, separando nerviosament las cañas que se oponian á su paso, marchaba sin cesar tras la belleza del bosque:

Poco á poco el terreno se fué haciendo mas blando, poco á poco los esfuerzos de Juan fueron mayores para arrancar el pié del suelo que lo oprimia, hasta que, rendido por la fatiga, cayó de rodillas, los ojos fijos en aquella mujer que se paró á esperarlo y que sonriendo le ofrecia la felicidad del amor y la felicidad del oro.

Cuando el sol volvió á iluminar la comarca, solo se vió esparcidos en la menuda arena del sendero, el baston de viaje y la pequeña alforja.

Era todo lo que restaba del que pretendió locamente hallar por ocultos caminos la felicidad de la tierra, que es siempre un fuego fátuo.

Montevideo, Setiembre 15 de 1883.

Con gran satisfaccion podemos anunciar á nuestros lectores que en breve será un hecho la clausura de todos ó la imensa mayoría de los comercios de esta católica ciudad en los dias festivos.

Hemos seguido paso á paso las controversias habidas entre principales y dependientes, y esperábamos de la piedad y sincero catolicismo de unos y otros que no dejaria de llegarse á la solucion cristiana que anunciamos como próxima.

Estén todos seguros de que ningun quebranto han de experimentar en sus intereses. Lejos de ello, ya verán como por el contrario, la santificacion de los dias del Señor, es fuente perene de prosperidad y de vida.

—

Leemos en los periódicos zaragozanos que llama gratamente la atencion de todas las personas piadosas el gran número de comercios que han cesado de abrirse los dias festivos, cediendo á las insinuaciones del Excelentísimo Sr. Cardenal Arzobispo, ayudado de los buenos católicos que secundan sus santos esfuerzos.